

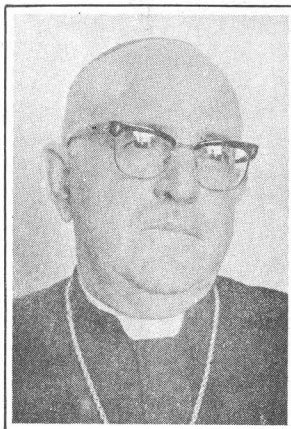
PUEBLO Y LITURGIA

La voz del pueblo es la voz de Dios. Desde los comienzos del cristianismo, tanto en los momentos culminantes de sus fiestas religiosas, en la exaltación de los santos de todas condiciones sociales -reyes y campesinos, emperatrices y sirvientas, teólogos y pastores, comerciantes y mendigos- como en las decisiones conciliares y proclamaciones dogmáticas, siempre ha resonado esta voz popular. A través de la historia, de mil maneras diferentes, de grado o de fuerza, la Iglesia ha forjado su propia vida con la carne y el espíritu, el rezo y el trabajo, la esperanza y el dolor, el silencio y la protesta, la aceptación y la rebeldía, de ese mismo pueblo. En todos los procesos eclesiales, de etapas tan distintas, está su presencia, su paso, su huella vital, su respiración.

Dentro de la gama inabarcable con que se manifiesta dicha presencia, debe señalarse el rasgo típico de lo popular. Es decir, la permanencia -junto a lo más culto- de lo más genuino, lo más espontáneo del ser y vivir de un pueblo; de una colectividad que transmite de voz y de actitud en actitud unas tradiciones inmemoriales; que da a la fe y a los misterios sagrados unas expresiones propias, consustanciales, que le vienen del sustrato y de la médula, en ese torrente subterráneo de elementos autóctonos y valores nativos. Se trata de la fusión que el propio hilo de la vida popular va haciendo de lo divino y lo humano, lo fabuloso y lo verdadero.

La Iglesia, lógicamente, junto a un proceso de decanta-

ción y perfeccionamiento, ha llevado a sus manifestaciones comunitarias la riqueza creativa del pueblo, en su culto y en sus fiestas religiosas, en su



**Monseñor
Infantes
Florido**

arte y en sus ritos, en su arquitectura y en sus símbolos sagrados.

Sin embargo, siendo esto así, ha existido a la vez una tensión entre las manifestaciones cultas, escogidas, y las expresiones características de una comunidad; entre quienes imponían una forma elaborada cultamente y la masa, a menudo espectadora; tensión también entre clérigos y laicos, entre Jerarquía y fieles. En esa dialéctica hubo sin duda un repliegue de lo popular, que fue acentuándose con el tiempo, hasta llegar a un mutismo, a una presencia pasiva, cuando no a una auténtica retirada. Tal fenómeno coincidió con la marcada lejanía de las masas populares y trabajadoras, reducidas a la periferia religiosa en determinados tiempos sagrados.

A la hora de apreciar la incorporación de valores populares, ya a los textos litúrgicos, a la música sacra o al arte religioso, la pregunta que todos se hacen es de cómo purificarlos, cómo quedarse con lo válido y lo verdaderamente representativo de la comunidad que aquéllos pertenecen. Recordamos que la situación está sometida siempre a vacilaciones pendulares, con peligro de irse a los extremos. Ese esfuerzo vigilante para dejar a un lado lo falso o la mitificación es más exigente cuando se trata de una religiosidad que se base en el folklore. Son dignos de mencionarse los testimonios de quienes han asimilado el habla, el sentimiento y la emotividad del pueblo en las mejores producciones culturales. Recordemos las Cantigas, los cancioneros, villancicos, coplas, cantares y autos sacramentales que hacen que lo sagrado se respire con gozo a través de lo popular.

La dificultad también se ha visto incrementada en el caso de aquellas solemnidades litúrgicas impuestas para combatir las celebraciones paganas, como sucedió con la Navidad, instituida frente a las fiestas del solsticio de invierno. Es decir, frente a los homenajes romanos, masivos y exhuberantes, tributados al "Sol invictus" la Iglesia desplegó otra gran fiesta, la del "Natalis invicti", la aclamación al verdadero sol de justicia y luz del mundo que nacía, Jesucristo. Las raíces paganas, que son también la historia del mismo pueblo cristiano, están siempre a punto de brotar; por eso los misterios

de nuestra fe se han visto cercados de otros tipos atávicos de religiosidad que reclamaban su sitio, a veces entre desviaciones, desde el trasmundo de lo supersticioso y de lo mágico. De aquí los temores y reservas, la vigilancia de concilios provinciales, la promulgación de decretos diocesanos y las mismas normas contra liturgias autóctonas. La eterna historia de purificación de la fe y la supervivencia de las expresiones religiosas de comunidades y pueblos.

Por otro lado, la celebración de la Navidad es una de las fiestas que conserva con más garra los signos de lo humilde y de lo sencillo de las clases populares; el mensaje de Belén está enmarcado en su propia vida. De aquí que los ciclos purificantes por parte de la Iglesia se aceleraban a medida que se iba incorporando la instrumentación campesina, con villancicos y motivos pastoriles. Sobre todo a partir de la fuerte corriente de espiritualidad franciscana, con la difusión de los "belenes", impulsados por la colosal figura del "Poverello". A su llamada carismática acudieron escultores y artistas fraguando las más bellas representaciones plásticas y musicales del misterio navideño. Pero la participación masiva amenazaba muchas veces con ahogar la inspiración y la raíz creadora del pueblo creyente, poniendo en peligro de adulterar la estampa evangélica y la misma liturgia.

Es un ejemplo, entre otros, que nos pone en camino de comprender cuánto se ha luchado por guardar ese equilibrio entre los dos focos de la tensión. En Canarias, como en otras partes, ha habido intervenciones episcopales prohibiendo determinados brotes abusivos de movimientos populares religiosos. Recordemos el caso de un Obispo ilustrado, amante del culto casi hasta el rigorismo, monseñor Tavira y Almazán. Su encuentro con las Islas fue directo y se hizo un planteamiento a todos los niveles pastorales:

desde su lucha contra la ignorancia, pasando por la promoción humana de las clases más abandonadas, la preparación teológica y espiritual del Clero, hasta la catequesis y la vida contemplativa. Su fina sensibilidad para la liturgia le llevó a enfrentarse con la Misa del "Gallo", famosa en la Catedral de Las Palmas, precedida de unos Maitines solemnísimos, con la actuación de la magnífica Capilla de música, ante una concurrencia arrolladora. No sólo pide al Cabildo Catedralicio adelantar el comienzo de los Maitines, sino que también da un decreto a la Diócesis que nos deja incapacitados para comprender el verdadero juicio que él tenía sobre los valores populares y los ritos litúrgicos. Pues aunque piadoso, fue en este caso cortante y severo: "habiéndose hecho demasiadamente comunes -dice Tavira en su decreto- los juegos y vestidos de mogiganga, toque de tamboril y otros indecentes, en la primera Misa que llaman de Gallo, en la vigilia de Natividad, que causan horrible profanación en la casa del Señor... ", dispone se tomen las medidas necesarias para desterrar este abuso. (Decreto de 29 de noviembre de 1792, Archivo Diocesano).

Es una pena que entonces no hubiera habido una mano cierta para discernir entre lo que podía ser, junto con el "tamboril" y otros instrumentos -tal vez típicos-, lo válido, lo canario, y aquello otro inmerso en la vulgaridad. Pero muchos hombres de la Ilustración, atraídos por las luces de la cultura, como medicina salvadora de todos los males sociales, veían a la multitud como a un desierto humano. Tal vez esta óptica ilustrada no percibió al pueblo, sino al vulgo, como una turbamulta a menudo sin luces y sin pan.

Después de una larga etapa de búsqueda, hemos llegado al Vaticano II, que se planteó de frente importantes cuestiones, como el diálogo con el mundo, la cultura, la partici-



pación seglar y los problemas más candentes del hombre y la fé. Un signo revelante constituyó el comenzar por enseñar a este hombre a hablar con Dios; por éso la primera respuesta del Concilio fue la Constitución sobre la Liturgia. Y entre las numerosas disposiciones, reveladoras de un nuevo estilo de la Iglesia, está la incorporación de elementos culturales y sociales de cada pueblo a los ritos sagrados. Este lenguaje simbólico, vehículo del misterio y de los sacramentos, se hace así más apto para manifestar la vida religiosa de toda sociedad y lo más elevado e íntimo del espíritu humano. Con tal motivo, el Concilio promueve y dispone la incorporación activa del pueblo con su lengua propia, su canto, instrumentos característicos, costumbres y tradiciones. "Fomentese con empeño -dice- el canto religioso popular, de modo que en los ejercicios piadosos y sagrados... resuenen las voces de los fieles" (Const. de la L. n. 118). Y como hay pueblos que se distinguen con su música propia, "que tiene mucha importancia en la vida religiosa y social -dice- el Concilio- dése a esta música la debida estima y el lugar correspondiente... al acomodar el culto a su idiosincrasia" (Const. de la L. n 119)

Pero esta incorporación del hombre -tal como es, en su existencia concreta- siempre necesitará el carisma discernidor de espíritus; la mano maestra que separe el oro de la escoria. Así podrá oirse limpiamente la voz del pueblo, que es la voz de Dios.

José Antonio Ob. de Canarias